

## Freud y la cultura [1]

«Los analistas tienen intereses sociales, no son parásitos sociales.  
Promueven el avance del psicoanálisis para protegerse de los efectos devastadores  
del discurso de la ciencia, intentando responder a las cuestiones del discurso contemporáneo»  
Jacques-Alain Miller.

Hoy les quiero transmitir cómo Sigmund Freud, padre del psicoanálisis, fue un científico interesado permanentemente, no sólo en la clínica, sino también en la cultura, la sociedad y sus problemas. De cierta manera, Freud hizo también, a parte de una teoría del sujeto, una teoría de la cultura desde el punto de vista psicoanalítico.

Siempre que se piensa la cultura aparece en contraposición el término «naturaleza». ¿Es el ser humano un ser natural? La respuesta del psicoanálisis es «no»; el ser humano, por hablar, por habitar el lenguaje, se ha apartado de sus condicionamientos naturales, no obedece más a las leyes de la naturaleza, ha perdido todos sus instintos, en otras palabras, es un ser «desnaturalizado». La filosofía al decir que el ser humano es un ser «racional» o «pensante» también está diciendo lo mismo: que en el ser humano la naturaleza ha sido reemplazada por la cultura:

Cultura



Naturaleza

En ocasiones se dice que el ser humano es un ser con instintos, y fundamentalmente se dice que él posee un instinto sexual, un instinto materno y otro de autoconservación; pero la experiencia nos enseña claramente que no hay tales. Si la sexualidad humana estuviera regida por un «instinto sexual», no habrían comportamientos perversos en ella, es decir, «perversiones sexuales»; no habría homosexuales, pederastas, fetichistas, exhibicionistas o voyeuristas, ni ninguna de las conductas extravagantes que se presentan en la vida sexual de los seres humanos. Si hubiese un «instinto materno», las mujeres no recurrirían al aborto, no darían en adopción a sus críos y no maltratarían a sus hijos. Y si hubiese un «instinto de conservación», los seres humanos no pondrían en riesgo su vida tal y como lo hacen permanentemente, por ejemplo, en la práctica de los deportes llamados extremos o en el abuso de sustancias psicotrópicas.

El instinto es un «saber» que se transmite genéticamente de una especie a otra; él le permite a cada ser vivo desenvolverse en el medio ambiente en el que vive, garantizando su supervivencia y la de la especie. El instinto tiene la característica de ser algo que rige para todos los miembros de una misma especie, sin excepciones, de tal manera que, si hubiese un «instinto sexual» en los seres humanos, todos elegiríamos como objeto sexual a alguien del sexo opuesto; o si hubiese un «instinto materno», todas las madres protegerían cabalmente a sus hijos. Así pues, si nos preguntamos si el ser humano obedece a las mismas leyes de la naturaleza a las que obedecen los animales, habría que responder que no. Por el hecho de hablar, el hombre está radicalmente separado de la naturaleza; no es más el instinto el que regula su acción, sino que él se introduce en el «hábitat» del lenguaje. El medio «natural» del ser humano es, entonces, el lenguaje. Si también nos preguntamos si el ser humano se adapta a la naturaleza tal y como lo hacen los animales, la respuesta nuevamente es no; más bien el ser humano adapta la naturaleza a sus necesidades y deseos, de tal manera que la destruye. Y es porque destruye al medio ambiente por lo que el tema ecológico es tan actual, a tal punto que se insiste en que el ser humano sostenga con la naturaleza una relación armónica. Volver a lo natural es casi una consigna contemporánea, que abarca también a la sexualidad. ¿Pero sería posible pensar en el ser humano un sexo que sería de orden natural? Lo que se constata en los animales es que en ellos no hay ningún inconveniente en tener relaciones sexuales con los padres, con los hermanos y hermanas, e incluso con los abuelos, lo cual habla de un sexo de orden natural. Pero con los seres humanos lo que se observa es que existen una serie de exigencias culturales que se oponen radicalmente a una sexualidad natural. Al psicoanálisis se lo interpretó como un liberador de la sexualidad humana reprimida, y de cierta manera él fue el promotor de la liberación sexual de los años 60-70. Se llegó a pensar, entonces, que lo social reprimía el deseo sexual y que por lo tanto habría que reivindicar la liberación del sexo contra la represión social. Pero cuando Freud habló de «represión», no se estaba refiriendo a la represión social, sino a la «represión psíquica», una especie de barrera que le impide a los contenidos o representaciones inconscientes, acceder a la conciencia:

Consciente



Inconsciente

<b>Hernando Bernal</b>
Psicoanalista. Asesor del Programa de Psicología de la Funlam. Profesor del Departamento de Psicoanálisis de la Universidad de Antioquia



Luis Caballero  
Sin título  
1975  
Óleo sobre tela  
195 X 130 cm

Ya se pudo ver, en la primera de las conferencias de esta cátedra abierta, la que dictó Jaime Carmona sobre *El descubrimiento del inconsciente*, cómo él se manifiesta a través de los lapsus, los actos fallidos y los sueños, de tal manera que la represión de la que habla Freud, no alude a la influencia de alguna fuerza exterior, sino a que el inconsciente atrae hacia sí ideas y palabras, haciendo inclusive que el sujeto olvide. Si bien Freud hace una teoría de la cultura para dar cuenta de lo que ocurre en la experiencia analítica, el aporte teórico que hizo sigue siendo invaluable. Con relación a la cultura, Freud no habla de represión, es decir que la represión psíquica no obedece a una represión social de la sexualidad. Freud no piensa para nada que la sexualidad esté reprimida por lo social -si bien lo social tiene un efecto represor sobre la sexualidad-. En relación con la cultura Freud introduce más bien el concepto de sublimación. Él dirá que la pulsión sexual, es decir, el impulso sexual humano, si bien busca satisfacerse en una serie de objetos sexuales, puede también encontrar satisfacción en otros objetos, objetos que se encuentran en la cultura. La pulsión sexual puede, entonces, y gracias a la sublimación, sustituir a los objetos sexuales en los que se satisface, por otros objetos ya no sexuales y que se encuentran en la cultura. Así pues "Los objetos de la cultura sustituyen a los puramente sexuales": [2]

#### Objetos de la cultura

---

##### Objetos sexuales

La pulsión sexual -paso rápidamente sobre este tema, ya que Jaime también lo desarrolló en una de sus conferencias anteriores-, se diferencia del instinto animal en cuatro aspectos fundamentales. Primero, en el *objeto*. Mientras que los animales siempre eligen como compañero sexual al sexo opuesto de la misma especie, en los seres humanos se observa una variedad de objetos sexuales: Personas del mismo sexo en el caso de la homosexualidad, prendas de vestir en el fetichismo, niños en la pedofilia, ancianos en la gerontofilia, animales en la zoofilia, etc. Entonces, mientras que el impulso sexual animal tiene un objeto definido, la pulsión sexual humana no lo tiene; por esta razón se dice que «la pulsión es sin objeto». Segundo aspecto: la *meta*: la finalidad del comportamiento sexual animal es la reproducción de la especie, en cambio, en los seres humanos, si algo preocupa a las parejas sexualmente activas, es cómo evitar traer más niños al mundo. La meta de la pulsión sexual humana es, en términos de Freud, una ganancia de placer, es decir que la pulsión tiene como meta su propia satisfacción. Tercer aspecto: la *fuerza* de la pulsión sexual. No es otro que el cuerpo, y más específicamente, las zonas erógenas del cuerpo. En los animales, la fuente de sus impulsos sexuales es, por supuesto, el instinto. Por último está el *empuje*: mientras que en los animales su conducta sexual está regulada por un ciclo -el ciclo de ovulación de las hembras-, en los seres humanos la pulsión sexual no es cíclica sino que su empuje es constante. La pulsión, entonces, es lo que sustituye al instinto en el ser humano:

#### Pulsión

---

##### Instinto

He dicho pues, que la pulsión sexual puede satisfacerse con los objetos de la cultura, lo cual no deja de ser paradójico. Esta es la razón por la que puedo decir, parodiando a Lacan en uno de sus seminarios: "no estoy haciendo el amor, estoy hablándoles a Uds. y hablarles puede darme el mismo goce que hacer el amor". "Si no fuese así -dice Jacques-Alain Miller, eminente psicoanalista francés- sería incomprendible que tanta gente perdiese tanto tiempo con los objetos de la cultura. Tenemos que suponer que hacer o escuchar filosofía, hacer o ver esculturas, proporciona un goce profundo". [3]

Entonces, si el impulso sexual en Freud adquiere un nuevo sentido con relación a lo social, es porque él descubre que la sexualidad puede satisfacerse con palabras, con lo bello, con los valores más altos de la cultura. El psicoanálisis ha develado una nueva manera de satisfacción para la pulsión sexual, que se encuentra en la palabra, en la cultura. Precisamente, porque la pulsión puede obtener satisfacción a través de la cultura, es por lo que la sexualidad en Freud no es un instinto natural, y así como la pulsión es lo que ha sustituido al instinto, igualmente podemos concluir que la cultura es lo que ha sustituido a la naturaleza. Incluso, a cada función de la naturaleza, el ser humano le da un sentido cultural. Por ejemplo, "Un hijo es un hecho biológico, pero por otro lado es un deber asegurar su nacimiento cultural" [4], lo que los psicólogos llaman socialización. El nacimiento de ese producto biológico que es el hijo, debe ser registrado ante el Estado, debe tener un nombre y una identidad, como también una serie de representaciones que lo identifiquen como un ser humano que es miembro de una familia y de la sociedad. Entonces, un hecho de la naturaleza, el nacimiento de un hijo, debe ser inscrito cultural y socialmente. La familia, célula de la sociedad, es particularmente importante para el psicoanálisis. Tan importante que, por ejemplo, en la experiencia analítica, cuando un sujeto está en análisis, habla es de su familia: habla de su padre, de su madre, de sus hermanos, tíos, abuelos, etc. Miller se pregunta: "¿Qué ocurre para que el ser humano esté tan vinculado a la historia familiar?" [5] La familia es una institución social y como tal también es un sustituto de la naturaleza. Si bien la familia tiene una base biológica, son justamente los desarrollos científicos de la biología los que demuestran que no se necesita de un hombre para que una mujer llegue a ser madre, y es probable que, un poco más adelante, tal y como van las cosas, no se necesite tampoco de una madre para producir un hijo. Esto demuestra claramente cómo la familia es una institución social y que además tiene una función esencial: Transmitir la cultura. Ahora bien, es evidente que el espacio social de la familia humana es diferente al de la familia animal, debido fundamentalmente a que en la institución familiar humana opera una prohibición. Esa prohibición no es otra que la *prohibición del incesto*, interdicción que funda la cultura humana tal y como la conocemos hoy. En la familia animal -tal y como lo vimos hace un momento- no sucede nada de esto: un animal puede tener relaciones con su madre, hermanas o hasta con la abuela, y no pasa nada, no hay ningún problema. Esa misma ley de prohibición del incesto es la que funda las estructuras elementales de parentesco: ser hijo de, nieto de, sobrino de, tío de, hermano de, que, a nivel subjetivo, es decir, psicológico, es para todo hijo la manera de saber que tiene un lugar en una familia y por lo tanto un lugar en el mundo. Es todo un problema para un sujeto cuando éste no encuentra un lugar en la familia o en la sociedad.

¿Por qué el psicoanálisis dice que la interdicción del incesto funda la cultura, así como la antropología dice que funda las relaciones de parentesco? Porque a partir de esa prohibición de las relaciones sexuales con los padres, el sujeto se ve obligado a buscar el objeto sexual, fuera del espacio familiar. Y no solamente esto. Los objetos que se encuentran en el espacio familiar y que se convierten para todo sujeto en los primeros objetos de amor y de deseo, es decir, el padre y la madre, son los que determinan en él las condiciones para el amor y para la elección de un objeto sexual. Así pues, todo sujeto está estrechamente vinculado al espacio de la familia, y es ese espacio el que determina cómo y por qué el ser humano elige su objeto sexual. El interés de Freud por la familia, habla de su interés -que fue permanentemente- por la civilización, dedicándole inclusive a este tema, uno de sus más importantes textos: *El malestar en la cultura*. En él Freud plantea que gran parte de la culpa por nuestra miseria humana la tiene precisamente nuestra cultura, y que por tal razón existe, por parte del sujeto, una evidente hostilidad hacia ella.

Pero si al psicoanálisis le ha interesado este tema, es sobretodo porque él ha observado cómo los síntomas de los sujetos, las formas de sufrimiento subjetivo, cambian con el estado actual de la cultura; es decir que los síntomas tienen una relación de dependencia con lo que se suele llamar «el discurso universal». En otras palabras, dependiendo de la época en que se vive, se padecerán o no determinados síntomas psicológicos; es decir, que los síntomas de comienzo de siglo pasado, no son los mismos ahora que comienza una nueva centuria, y esto le exige al psicoanálisis una renovación. Como los síntomas cambian con la época, se espera también un cambio a nivel del discurso psicoanalítico. En la cultura contemporánea, los psicoanalistas se ven llevados, entonces, a desear algo nuevo; y precisamente, un deseo por lo nuevo, es la forma que adquiere la dimensión de la experiencia humana en el mundo de hoy. La cultura de hoy le demanda algo nuevo al sujeto, y esa demanda, tan imperiosa, nos hace saber que el superyó tiene una dimensión social. Hoy en día, lo que el superyó de la cultura demanda a los seres humanos es, precisamente, «algo nuevo». «Cada vez más, la búsqueda de lo nuevo se ha impuesto como exigencia inapelable en todas las producciones de la cultura, y domina ahora desde el arte hasta la industria. [...] ...para nosotros nada vale si no es nuevo, [...] no gozamos sino de lo nuevo.»<sup>[6]</sup> En este sentido, lo nuevo es el síntoma de la cultura de hoy, la nueva forma sintomática del malestar en la cultura. Pero antes de continuar en esta vía, aclararé el concepto de superyó en el psicoanálisis. El superyó es en el sujeto, esa instancia psíquica que representa en él la autoridad de los padres, y que, una vez introyectada, le reclama cumplir con lo prescrito por esa autoridad, es decir, que hace del sujeto un acusado. Para que se hagan a una idea clara de lo que es el superyó, es lo que Freud encontró bajo la forma del sentimiento de culpa del sujeto, es decir, que la culpa es una de las manifestaciones del superyó.

Freud encuentra, por todos los lados, la función del sentimiento de culpa en el sujeto. En *El malestar en la cultura* él llega a decir que el sentimiento de culpa es el problema más importante del desarrollo de la humanidad; es decir, que el precio por el progreso cultural y social, lo ha pagado el sujeto con un «déficit de dicha provocado por la elevación del sentimiento de culpa». Una de las fuentes de malestar en la cultura es precisamente este sentimiento de culpa que, en la mayoría de los casos, permanece inconsciente para el sujeto, y sólo sale a la luz bajo la forma de una mortificación, una ansiedad o un descontento, cuando no, bajo la forma de una necesidad de castigo, que empuja al sujeto hacia lo peor. Ahora bien, que el sujeto se procure una autopunición nos hace saber que no existe ninguna razón para pensar que él quiera su propio bien. Este es probablemente el descubrimiento más importante del psicoanálisis: los seres humanos no buscan la felicidad como bien supremo, sino que lo que buscan, en muchos casos, es el sufrimiento, la infelicidad.

En el discurso corriente se dice que el ser humano tiene como meta en la vida, alcanzar la felicidad. Por un lado quiere la ausencia de dolor, y por otro, desea vivenciar un intenso placer. El psicoanálisis revela que el propósito de que el hombre sea dichoso en la vida no está contemplado dentro de los planes de la Creación. La *felicidad* es más bien una satisfacción repentina y episódica. El ser humano está estructurado de tal manera que sólo goza con intensidad del contraste, y muy poco de un estado de felicidad permanente. A su vez, se suele pensar que el ser humano tiende a buscar su propio bienestar y el de los demás. Pero el psicoanálisis verifica una y otra vez que lo malo no solo es lo perjudicial y dañino para un individuo, sino también lo que anhela y lo que en muchas ocasiones le brinda placer o satisfacción. Pero se trata de un placer muy extraño; se trata de una satisfacción que está del lado del malestar, de la maldad, y no del lado del bienestar. Ese empuje a lo peor, ese gusto que tienen las personas por el mal, y que el psicoanálisis denomina *pulsión de muerte*, es, probablemente -como dije hace un momento-, el descubrimiento más importante del psicoanálisis. Existe entonces una dimensión en el sujeto, que se puede definir como «aquello de lo que *no puede abstenerse*». Casi siempre se trata de algo que le hace daño a él o a las personas que lo rodean: drogarse, pelearse con otros, abusar sexualmente de otros, etc. Se trata siempre de algo muy íntimo del sujeto, el cual se ve empujado a hacer aquello que más le puede preocupar o avergonzar, pero que, definitivamente, no puede privarse de hacer. Son variados los comportamientos que las personas preferirían evitar, pero que se ven forzadas a realizar por esa voluntad que les puede y que los domina sin que sirvan para nada las razones, los consejos o el saber. En el caso de la drogadicción esto es evidente: el sujeto sabe que hace mal, que es dañino, que su consumo tiene consecuencias perjudiciales, pero no puede dejar de drogarse. No le valen consejos ni explicaciones. Eso que empuja a un ser humano a hacer “lo que no debe” y que sin embargo termina haciendo —beber, fumar, comer demasiado, matar, etc.—, es lo que el psicoanálisis denomina *la pulsión*. La pulsión designa un nivel que se puede llamar *acéfalo*, es decir, «sin cabeza», un punto donde el pensamiento y la razón ya no funcionan ni operan más. La pulsión es como un cuerpo sin cerebro; un nivel donde, para todos los seres humanos, hay suspensión del pensamiento; todos quedamos anulados en el ámbito del razonamiento. Allí donde las personas pierden el control de sus actos, se puede decir que la pulsión está en juego. Se puede tratar de alguien agresivo o de alguien irascible; otra persona no podrá dejar de comer dulces; otra más no puede dejar de insultar a su pareja; otro no para de espiar a las mujeres en los baños; otro más no deja de sentir fastidio por la gente; una mujer se queja porque sus novios la dejan y no halla la razón; un hombre no deja de golpear a su mujer a pesar de que la ama; un joven sufre por sus conductas homosexuales que no entiende; y así, cada cual tiene su manera de arreglárselas con esa dimensión que lo empuja a no renunciar a determinados actos.

La *pulsión de muerte* es lo que explica que en el ser humano se observe una disposición a hacerse daño a sí mismo y a los demás. Precisamente, el malestar que persiste en la cultura testimonia del fracaso del sujeto para resolver ese empuje a satisfacerse con el mal, ese *empuje a lo peor* de la pulsión. El psicoanálisis es el único saber que se encarga de pensar y tratar a la pulsión de muerte en los seres

humanos.

El superyó tiene en el sujeto una dimensión pulsional, o si se quiere, la pulsión de muerte se manifiesta en él a través de su superyó. Habíamos dicho del superyó que es una instancia psíquica establecida por el psicoanálisis; la conciencia moral es una de las funciones que Freud le atribuye, junto a las de vigilar y enjuiciar las acciones y los propósitos del sujeto, es decir, ejercer una censura sobre sus actos e intenciones. El sentimiento de culpa, la dureza del superyó, es equivalente a la severidad de la «conciencia moral»; es la percepción que tiene el sujeto de ser vigilado en todos sus actos, incluido el acto del pensar. Popularmente se ha representado a la conciencia moral como un diablito y un angelito que, situados a cada lado de los oídos del sujeto, le hablan y le reclaman por manejarse bien o por manejarse mal. No importa si el sujeto se maneja bien o mal, igual, siempre habrá un reclamo por parte del superyó. Ahora bien, ¿qué tiene que ver el superyó, el sentimiento de culpa inconsciente del sujeto, algo que parece tan personal, tan íntimo, con la cultura y con lo social? Primero hay que decir que para el psicoanálisis, «el sentimiento de culpa es la patología de la responsabilidad», es decir, que el sentimiento de culpa es la enfermedad de la responsabilidad ética de un sujeto. El sentimiento de culpa es la manifestación patológica de la responsabilidad ética en el ser humano. El sentimiento de culpa significa que el sujeto se siente responsable de... no se sabe qué, de cualquier cosa, de un montón de cosas —de haber bebido, de haber maltratado, de haber pensado o deseado algo, etc.—. El sentimiento de culpa es entonces un afecto del sujeto en la medida en que él es un sujeto ético, es decir, responsable, y en este sentido, si por algo es importante el sentimiento de culpa en relación con la cultura, es porque dicho sentimiento es el fundamento mismo del lazo social, es decir, que gracias a que existe en el sujeto un sentimiento de culpa, por lo que él puede establecer vínculos sociales y por lo tanto, hace existir a la cultura.

El sentimiento de culpa es lo que nos permite saber que ahí, frente a nosotros, tenemos un sujeto capaz de responder. Un sujeto responsable es un sujeto que responde por lo que hace y lo que dice; esta es la razón por la que sólo se puede castigar al hombre que se considera responsable de sus propios actos. El sentimiento de culpa es un afecto del sujeto en la medida en que él es un sujeto ético, de tal modo que toda persona ética estará afectada por sentimientos de culpa. El sentimiento de culpa es, entonces, el fundamento mismo del lazo social, ya que se necesita de un sujeto capaz de responder, capaz de ser responsable, para que haya vínculos sociales.

Para explicar cómo la culpa está en la fundación de la cultura humana, Freud escribió un texto llamado *Tótem y tabú*. En dicho texto, el «parricidio» fue situado por Freud como lo que dio inicio a la actual organización social. Él supuso, basado en teorías darwinianas, que, en el origen de nuestra cultura, existían hordas en las cuales un padre violento y celoso, gobernaba y se reservaba a todas las mujeres para sí. Sus hijos varones eran expulsados del clan una vez crecían, por lo que era envidiado y temido. Freud advierte que este estado primordial de la sociedad no ha sido observado en ningún lugar, pero él elabora este «mito» sobre el estado original de la sociedad humana para poder explicar, entre otras cosas, el origen del sentimiento ético de los hombres. Los hermanos de la horda odiaban al padre: él constituía un obstáculo para la satisfacción de sus deseos sexuales y de poder. Arrojadados del clan, deciden unirse para asesinarlo y devorarlo. Logran así lo que cada uno deseaba: ocupar el lugar del padre y quedarse con sus mujeres, poniendo fin a la horda paterna. Como también amaban y admiraban al padre, tras su asesinato se abrió paso una serie de sentimientos que delataban un arrepentimiento por lo hecho, naciendo de este modo la conciencia de culpa. El padre muerto se volvió más fuerte de lo que era en vida y lo que él prohibía, todos los hermanos lo acataron: declararon interdicto el parricidio y renunciaron a tomar como objeto sexual a las mujeres. Con la devoración del padre se origina la primera fiesta de la humanidad, el *banquete totémico*, el cual será la repetición y celebración recordatoria de aquella hazaña memorable y criminal con la que tuvieron comienzo las organizaciones sociales, las limitaciones éticas y las religiones. Desde esa conciencia de culpa del hijo varón se crearon las dos prohibiciones fundamentales que están en el origen de toda cultura: la prohibición de matar y la prohibición del incesto. Se ve, pues, claramente, en este texto, la relación que Freud establece entre la culpa y la cultura. Ahora bien, con respecto a la *conciencia moral* del sujeto, Freud estableció que ella se forma en él a partir de la introyección o incorporación dentro de sí de la *inclinación agresiva* propia del ser humano -que fue la que lo llevó a cometer el parricidio en el mito de *Tótem y tabú*-. La introyección de la agresividad en el sujeto se constituye así, en la principal herramienta de la que se vale la cultura para volver inofensivo el gusto que tienen los individuos por agredirse unos a otros. El problema es que, como *conciencia moral*, la agresividad está lista para ejercer contra el sujeto, la misma severidad agresiva que ella habría satisfecho de buena gana en sus semejantes. El psicoanálisis designa entonces como *conciencia de culpa* a la tensión que se produce entre esa parte del Yo que ha interiorizado la agresividad -es decir, la instancia del *superyó*-, y el Yo que quiere expresar sin restricciones su cuota de agresividad. Con este mecanismo de “meter adentro” el peligroso gusto del sujeto por la violencia, la cultura coarta el *impulso agresivo* y lo debilita, quedando el individuo bajo una especie de vigilancia permanente. Esa instancia situada en su interior no es otra que su *conciencia moral*, la cual, a la manera de una voz interior, le va diciendo si lo que quiere hacer o lo que hace, está mal o bien hecho. Es justamente a ese *sentimiento de culpa* al que los creyentes le dicen pecado. Pero el superyó introduce una paradoja en el campo de la ética. Es una paradoja que Freud expone en *El malestar en la cultura*, y que consiste en que hay sujetos que se sienten culpables a pesar de que no han hecho nada malo o a pesar de ser buenas y de seguir una vida recta y consecuente con sus creencias religiosas o sus ideales. Esto se debe a que dichas personas perciben en ellas, muchas veces de manera *inconsciente*, el propósito de obrar mal, de tal manera que la intención o el deseo de obrar mal, pasa a ser considerado como equivalente a la práctica de la agresión o la maldad. El psicoanálisis ha encontrado que, en el ser humano, su *conciencia moral* presenta esta peculiaridad de carácter paradójico: ella se vuelve mucho más severa en la medida en que el sujeto es cada vez más virtuoso; para decirlo de otra manera, aquellos que más se acercan a la santidad son los que con más tenacidad se reprochan sus errores, faltas o pecados. Así pues, una conciencia moral más severa y vigilante sería el rasgo característico del hombre virtuoso. El psicoanálisis también ha verificado la existencia en el ser humano de una voluntad, generalmente inconsciente, por hacerse a una sanción, es decir, por autocastigarse. Y nada mejor que una racha de supuesta “mala suerte” para satisfacer dicha *necesidad de castigo*. La conciencia moral suele promover su poder sobre el sujeto aprovechando las frustraciones con las que necesariamente se encuentra toda persona en la vida. Aquella se comporta de tal manera que si al individuo le va bien, su conciencia moral es indulgente con él; pero, si lo agobia la desventura, la conciencia moral le impone sacrificios y castigos mediante mortificaciones y recriminaciones. Puesto que nada se le puede ocultar a la *conciencia moral*, y mucho menos los deseos que están

prohibidos -fundamentalmente el deseo de agredir y abusar sexualmente de otros-, ella busca la manera de que el sujeto sea castigado por esos deseos. Si bien la persona se ve obligada a renunciar a la satisfacción de dichos deseos, para el superyó dicha renuncia no le es suficiente, pues el deseo persiste y no puede esconderse ante la mirada vigilante de aquel; sobrevendrá entonces en el sujeto el *sentimiento de culpa*, el cual, en muchos casos, es inconsciente. Esta es la gran desventaja que tiene la formación del superyó o de la conciencia moral en el ser humano. Si bien ella sirve para ponerle un límite a todos sus impulsos sexuales y agresivos -lo que a su vez garantiza que se puedan dar los vínculos sociales-, queda en él un *sentimiento de culpa* que además aumenta en la medida en que la persona se esfuerza en obedecer a una moralidad. Se puede entonces establecer una fórmula que diría: a mayor renuncia pulsional, mayores son las exigencias del superyó y mayor será la culpa para el sujeto. Con razón decía Freud que el problema más importante del desarrollo de la humanidad es el sentimiento de culpa. Volviendo al problema de lo nuevo -después de esta larga pero necesaria digresión sobre el superyó-, a esa exigencia por lo nuevo como axioma que circula por todas partes: que lo nuevo vale en cuanto nuevo, ¿qué podemos decir de nuevo sobre este nuevo síntoma de la cultura contemporánea? Que es un nuevo rostro del superyó, es decir, que la exigencia por lo nuevo es uno de los nuevos rostros del superyó, lo cual no deja de ser una situación horrorosa. Lo nuevo, lo novedoso, la novedad, en su carácter sintomático, esa exigencia imperiosa de lo nuevo -nos dice Miller en el texto ya citado-, es profundamente ominoso, siniestro. Es otras palabras, el culto contemporáneo a lo nuevo no es sino un nuevo vestido de aquella vieja presencia en la existencia humana, es decir, la muerte.

“Algo nuevo deseamos, algo nuevo gozamos, pero ¿cuánto tiempo algo nuevo permanece nuevo? La respuesta la sabemos todos, como hombres contemporáneos: cada día algo nuevo se mantiene nuevo menos y menos tiempo, se vuelve obsoleto cada vez más deprisa. La aceleración de la decadencia de toda novedad puebla nuestro mundo cotidiano de objetos obsoletos que hay que tirar deprisa para reemplazarlos por el último modelo. En este punto preciso surge la inquietud del sujeto por no ser tan nuevo, por volverse él mismo obsoleto.” [7]

Así pues, el culto por lo nuevo es lo que hace del sujeto un objeto obsoleto, un desecho. El culto de lo nuevo es lo que lleva a la extrema valoración de la juventud, un síntoma de la cultura de hoy. Es evidente que el culto a la juventud es un síntoma social; la desesperación ante el envejecimiento es un síntoma contemporáneo. Nuestros abuelos podían envejecer con tranquilidad, pero hoy, y gracias a los nuevos productos que ofrece la ciencia -sobretudo la ciencia de la cosmética y sus cirugías: plástica, liposucción, lipoescultura, etc.- el rechazo a envejecer es claramente un síntoma social. Lo nuevo también aparece en el discurso de la publicidad. Todos los profesionales que manipulan a la sociedad de consumo conocen muy bien el poder de la palabra «nuevo» para vender. La ciencia, en su alianza con la economía de mercado, lanza todos los días nuevos y nuevos objetos tecnológicos que hacen que lo nuevo permanezca cada vez menos y menos tiempo nuevo. Así pues, la novedad se hace cada vez más insistente y exigente, en su rivalidad mortífera con lo obsoleto. El computador que compramos hoy, ya mañana es viejo: hay que actualizarlo o comprar uno más poderosos, más veloz, más potente, con más memoria, etc. Lo nuevo parece ser sólo nuevo en el minuto presente; en el siguiente pasa a ser viejo. Ahora bien, ¿cómo se defiende el sujeto, cada uno de los seres humanos que habitamos esta cultura, esta sociedad, ya globalizada, de la decadencia en la que entra a partir de la exigencia permanente de lo nuevo? “Hay una rebeldía posible -dice Miller-: lo único que realmente puede resistir el carácter sintomático de lo siempre nuevo es otro síntoma.” [8] De cierta manera, todos los seres humanos, en algún momento de su vida, se experimentan a sí mismos como desechos de la cultura contemporánea, ya sea porque no hay experiencias nuevas en su vida, o porque no se sienten bellos con relación al patrón de belleza que propone la cultura, o porque no usan la ropa de moda, o no han comprado el último computador, el último televisor o equipo de sonido, etc. En todo caso, si no estoy con lo último, estoy caduco, desactualizado. Y estar desactualizado es, de cierta manera, un síntoma con respecto a la norma de la cultura. Si sigo la norma de la cultura, si me acojo a las exigencias de del superyó de la cultura, de consumir siempre lo nuevo, entonces a esto se le llama *alineación*. Pero si no sigo las imperativos culturales, si no marchó al ritmo de la moda, esto es un síntoma respecto del patrón cultural, y a esto se le llama *separación*. Así pues, la norma social es sintomática, pero si no sigo la norma, si no me inserto en las exigencias de la cultura, también es sintomático. Así pues, me hallo ante la inquietud que constituye el malestar de la cultura de hoy. “Esta inquietud, que se podría formular así, como la inquietud del malestar contemporáneo: «¿Quién está enfermo, la cultura o yo?».” [9] Entonces, como la novedad ha ido adquiriendo un ritmo periódico, haciéndose cada vez más evidente la repetición de lo nuevo -por ejemplo, al nivel de la moda, tres o cuatro veces al año está previsto el lanzamiento de una nueva colección-, lo nuevo automatizado se ha convertido en un «nuevo» sin sorpresas, ya que de antemano sabemos que al poco tiempo eso «nuevo» será obsoleto. Es una paradoja de ese superyó de la cultura contemporánea: que lo nuevo, ya sabemos que es obsoleto. Y esto es lo nuevo de la cultura de hoy: que lo nuevo es viejo de antemano, y por esa razón se busca de manera cada vez más insistente la novedad. Como lo nuevo ya es viejo, se busca más y más lo nuevo. Esta es justamente la glotonería del superyó, que ya vimos atrás: a medida que le demanda al sujeto lo nuevo, más y más exige el superyó la novedad, creándole al sujeto, cada vez más, un mayor malestar. Así que, “Lo nuevo como síntoma de la cultura es, por excelencia, glotón: devora, y esa glotonería es el rasgo que apunta a la raíz del superyó.” [10] Y bien, ahora nos podemos preguntar por la relación del psicoanálisis con lo nuevo. Se trata de una relación completamente diferente a la relación del sujeto con lo nuevo en la cultura contemporánea. Si alguien ha ido hasta el fondo de lo desconocido para encontrar algo nuevo, ese ha sido justamente Freud, y lo es cada psicoanalista con cada uno de sus pacientes. Nos podemos preguntar entonces, ¿qué es lo nuevo que descubre Freud en el fondo de lo desconocido, en el inconsciente del sujeto? Lo que descubre Freud en cada sujeto es... “la presencia en cada uno de algo viejo, antiguo, obsoleto, [pero] que sigue activo, vigente, operativo, [y mucho] más poderoso que lo nuevo. Algo cuya instancia inmemorial domina lo nuevo.” [11] Es decir que Freud va hasta el fondo de lo desconocido, pero para encontrarse, no con lo nuevo, sino con lo antiguo. El descubrimiento de Freud es que lo antiguo en el sujeto, sigue vigente, es actual, se hace presente de una manera intempestiva, perturbando la marcha del sujeto en su trasegar por la cultura.

Gracias.

[1] Conferencia dictada en la «Cátedra Abierta» del programa de Psicología Social, en el Auditorio Santa Rita de la Fundación Universitaria Luis Amigó. 30 de Marzo de 2000.

[2] MILLER, J-A. "Freud y la teoría de la cultura". Elucidación de Lacan. EOL-Paidós. 1998. p. 286.

[3] Ibis.

[4] Ibis. p. 287.

[5] Ibis.

[6] MILLER, Jacques-Alain. "Tres conferencias brasileñas de Jacques-Alain Miller sobre el síntoma". El síntoma charlatán. FCF-Paidós, Barcelona, 1998. p. 14.

[7] Ibis. p. 15.

[8] Ibis. p. 17.

[9] Ibis. p. 18.

[10] Ibis.

[11] Ibis. p. 19.

[INICIO](#) | [PRESENTACIÓN](#) | [EVENTOS](#) | [SITIOS RECOMENDADOS](#) | [STAFF](#) | [CONTÁCTENOS](#) | [CORREO](#) | [FUNLAM](#)

© 2000